2 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA ANUNCIACION A MARIA SANTISINA.

PUNTO 1º

Considera como queriendo el Señor hacer á los mortales el infinito beneficio de hacerse Hombre en las entrañas purísimas de una Virgen, y pudiendo hacerlo sin avisarle, ni darle parte, como supremo Señor, que puede hacer de sus criaturas, y obrar sin ellas, lo que le pareciere, no quizo usar de ese absoluto dominio, sin avisar, dar parte y esperar el consentimiento de su criatura. Quería dar á entender, dice Santo Tomás: que venía á desposarse con la humana naturaleza, esperando por esto el sí de nuestra Reina, en nombre de toda ella. ¡Oh dignidad altísima de Dios, por la cual el Criador busca á sus mismas criaturas! Manda para esto una embajada á María Santísima, y escoge al Arcángel Gabriel, y por medio de este le revela el inaudito misterio de la Encarna-

ción. «Anda, le dice, á ese cielo animado que está en Nazaret, á ese paraíso de mis deleites que está en el mundo: Salúdala diciendo: «Dios te salve, llena de gracia,» y dile que por Ella quiero trocar la maldición de la inobediente Eva, en bendición eterna para los hijos de Adán.» Parte el Angel alegre y regocijado; penetra en el humilde aposento en que estaba encerrada nuestra Reina, leyendo, según el sentir de San Alberto y San Vicente, aquella profecía de Isaías: «Una Virgen parirá y concebirá un Hijo.» Leída que fué esta profecía se levantaron en su corazón unas ansias vivas y abrasadísimos deseos. Pensaba y consideraba entre sí diciendo: ¡Oh que Virgen tan admirable esta, de quien habla Isaías! Su pureza, su santidad su excelencia y dignidad ¿quién la podrá ponderar? ¡Virgen que ha de concebir al mismo Hijo de Dios! ¡Virgen que ha de ser Madre de su mismo Dios y Criador! ¡Virgen y humana criatura que ha de ser Reina de las cielos y de todo el mundo! ¿Qué tal será? ¡Oh, que bendita! ¡Qué admirable! ¡Qué grande y sublime

Virgen! ¡Vientre en donde se ha de encerrar el Hijo de Dios! Madre que le ha de dar á luz, pechos que le han de alimentar, brazos que le han de cargar, manos que le han de vestir y desnudar, y gremio santo en donde ha de dormir y descansar. ¡Oh bendito sea tal gremio! ¡Bendito el Vientre! ¡Benditas las manos! ¡Benditos los brazos y pechos que han de servir al Hijo de Dios! Miremos cuan lejos estaba de pensar ser ella la escogida para ser Madre de Dios, y consideremos el aprecio que hacía de la escogida para tan grande dignidad. Miremos cuanto la estimaba, las alabanzas que le daba y las ansias que tenía de ser su esclava.

PUNTO 2º

Considera que, estando María deseando el remedio del linaje humano, entra el Angel y le dice: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.» ¡Qué respeto, que sublimes elogios en esta salutación del Angel y sus expreciones! Le dá tres títulos de incomprensible grandeza.

El primero, respecto á ella, llena de gracia: esto es: tú eres la más santa de todas las criaturas, un tesoro de todas las virtudes por la inocencia de tus costumbres y por la pureza de tu vida. El segundo, respecto de Dios: el Señor es contigo: esto es: tú eres de él acariciada, protejida y acompañada: él está en tí, él es contigo, tú estás en todo gobernada por su espíritu. El tercero respecto á los hombres: bendita tú eres entre las mujeres: esto es: tú eres bendita, distinguida y ensalzada sobre todas las mujeres. ¿Habló por ventura jamás un ángel á una criatura en términos tan respetuosos y tan magníficos? ¡Con que respeto enderezamos nosotros estas mismas palabras á María, cuando rezamos el Santísimo Rosario!

Lo que habiendo ella oído, se turbó á sus palabras, y estaba pensando: ¿qué salutación fué ésta? María responde solo con el silencio, pero en este silencio ¡oh, y cuántas virtudes! ¡Qué humildad! Su corazón huye las alabanzas que le dan: nada se apropia á sí mismo, y toda la gloria la atribuye á Dios. ¡Qué modes-

tia! Las alabanzas mismas la inquietan, la turban y la atemorizan. ¡Qué prudencia! Examina que cosa sea esta salutación, de donde venga y á donde se endereza. Si los elogios de un Angel que no habla de otra cosa que de Dios, turban á María ¡cuánto debemos temer las alabanzas de los hombres! Pidamos al Señor, por intercesión de nuestra Reina, el espíritu de verdadera humildad, despreciando toda alabanza y teniéndonos en un bajísimo concepto delante de Dios. Este es el fruto que debemos sacar de esta consideración.

8 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO.

PUNTO 1º

Considera como el Angel revela á María el grande misterio de la Encarnación, y María le propone sus dificultatades. El Angel, viendo la turbación de nuestra humildísima Reina, le dice: «No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás y darás á luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su Padre, y su reino no tendrá fin. Miremos como el Angel, para sosegar la turbación de María, la llama por su nombre, y después de confirmar todo lo que ha dicho, le revela que ella será la Madre del Mesías ¡Oh María! ¡Cuántas grandezas para vos! ¡Cuántas gracias para los hombres! Qué gloria para vuestro divino Hijo! ¡Qué felicidad para el Universo! Hu-